



Salón Parés.

PUESTA DE SOL

El pobre joven levanta la cabeza para verla mejor. La niña le contempla tristemente, avanzando la cabecita rubia.

—¡Harán fuegos artificiales!... ¡qué me gusta todo esto!... ¿Y vos, tío?... ¡Me dáis más pena! ¿Por qué no venís?... ¡tantas cosas que me diríais!...

—Cállate; ya te las diré luego.
—No la regañes. Luego... después... después...

Y abatido, hunde la cabeza en la almohada.

—Adiós. Hasta más tarde.
La sala y la alcoba vuelven a quedar negras de angustia; el infeliz, solo en las tinieblas de su postración, nota que sus ojos se empañan.

La puerta del piso se cierra de golpe y la llave gira de una manera sorda. El pobre tísico, perdido en la noche de su alma, murmura desconsoladamente:

—¡Más tarde, después!...

La ciudad está plenamente despierta. La gente ríe y se empuja, roja de fiebre, con gritos alcohólicos. Las hogueras chisporrotean. Las hogueras son altas, tienen la vida del instante, viven mientras se consumen.

Por todas partes, ruido y fuerza, todo vibra, todo es estío. Silban los cohetes alzándose con furia, la larga cola luminosa, y entre las inmensas quietudes del espacio se derriten en estrellas falsas de colores de alegría.

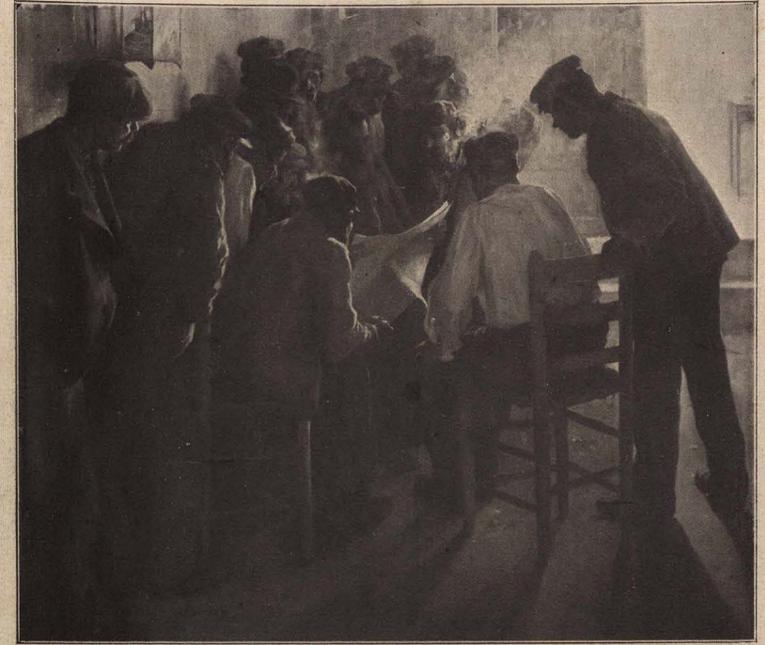
Las calles son demasiado estrechas, la gente las inunda, parece que se vuelva loca, quiere divertirse; todo el mundo grita, los manubrios sueñan, los cafés cantantes bullen, las tabernas revientan.

Abatido, el enfermo se hunde en el fondo de la alcoba. El ruido de la calle le sepulta en la muerte de un tiempo que nunca volverá.

¡Sin salud y sin madre! Su hermano se cansa, su cuñada también. La única que le ama es la pequeña... ¡Qué solo, qué abandonado!... ¡Qué triste!... ¡Juventud, amistad, esperanza!...

El ruido crece y crece más y más; voces de mujeres, risas espontáneas y frescas animan la calle. En la taberna de enfrente rompe la música, dominando el barullo, y empieza la danza.

El tísico, lleno de tristeza, mira los vidrios del balcón, que brillan



CLUB.

súbitamente, como si reflejaran un gran incendio. El fuego del estío ardiente, de la noche tibia, ilumina el rostro amarillo del enfermo que, al darse cuenta de su gran postración, tiene un gran deseo de vivir, se encuentra demasiado solo, y en un raptó de energía salta del lecho. Quiere probar de andar, viene el vértigo, y los muebles, las paredes, el suelo, todo baila alrededor de él, las fuerzas le faltan y cae abandonadamente en la desvencijada silla.

Las claridades rojas se debilitan trémulas en los vidrios sucios del balcón. Aquella luz que se apaga, aquel fuego de un instante, le hablan de una manera inconsciente para él, de su propia existencia; tiene frío, mucho frío. Luego, le parece sentirse con bastante fuerza para llegar hasta el balcón. Se levanta de nuevo y vuelve a caer en la silla.

Tiene un gran ataque de tos, más fuerte que nunca, seguido de terribles convulsiones; hecha sangre... extiende los brazos sobre la cama... ¡Se ahoga!...

¡La tos, la maldita tos!... Las piernas se le alargan en un supremo esfuerzo, los brazos como maderas. Sus dedos crispados parecen las patas de un cangrejo. La cabeza se levanta para caer sin fuerza sobre las sábanas...

Tiene una tremenda convulsión y luego... ¡nada! La luz roja, vacilante, se apaga; los vidrios quedan fríos como antes. La cavidad del piso es más silenciosa que nunca. La tos continuada y seca del tísico ha enmudecido para siempre.

Y en la calle, el ruido sigue sin amainar en nada, los cohetes suben furiosos como sierpes encendidas. La gente se divierte, tiene una gran manía de diversión.

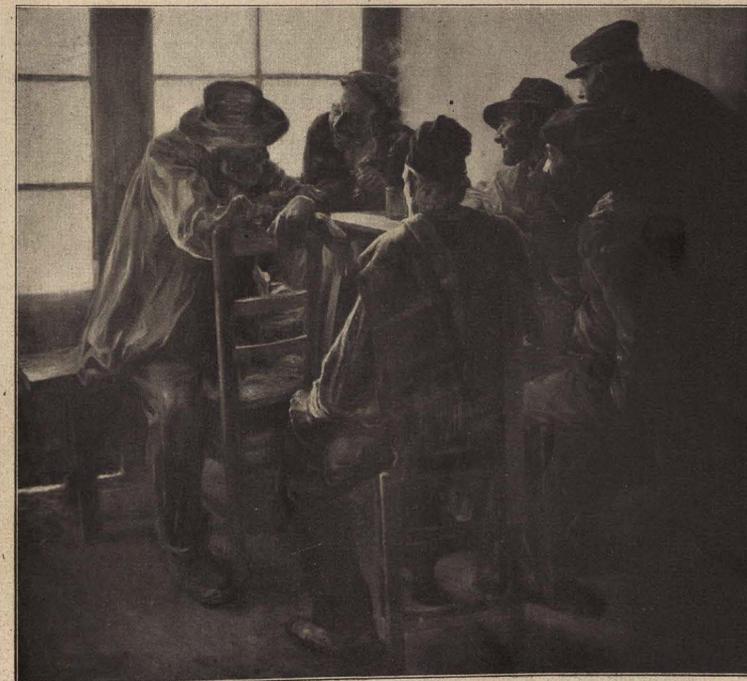
La puerta cruje y se cierra con estrépito, haciendo retemblar las paredes de la casa. La tenue claridad de la mañana entra perezosamente en el piso; blanqueando el negro corredor.

En el cuarto del enfermo hay un silencio que impone.

La pequeña está cansada, mas se acuerda del tío y corre a su habitación:

—¡Le contaré muchas cosas, muchas!...

Pedro y su mujer quédanse sentados con un gesto de extraño encantamiento, casi cómico, las manos en las rodillas, con toda la estupidez del borracho.



RINCÓN DE TABERNA.

LUIS GRANER



LAS ÚLTIMAS NOTICIAS

Salón Parés

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
MUSEO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
CALLE DE ALBAZCÁN, 11
28014 MADRID

Miguelina vuelve, llena de extrañeza, lentamente.

—El tío Miguel está sentado en la silla y no contesta.

—¿En la silla?...

—Sí, sí... está dormido, no contesta.

—¿Sentado?... ¡Sentado!...

—¡Está sentado!...

Y los dos, poseídos del terror, quédanse mirando el corredor de una manera estúpida; el vino les entorpece.

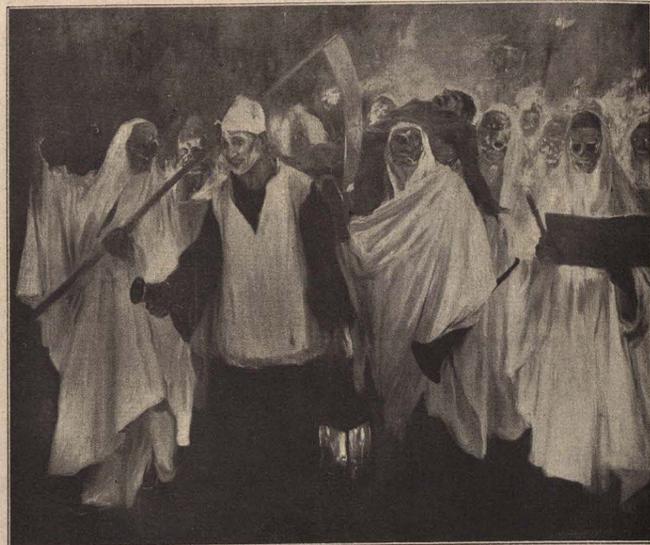
En aquella covacha hace un calor asfixiante, mas el cuarto del físico es helado como un sepulcro.

RAFAEL NOGUERAS Y OLLER

LA FELICIDAD ES UN MITO

No existe, nó, ni podrá jamás existir. Cada uno la comprende a su manera, no pudiendo nadie verla realizada, tocarla cual se la ha imaginado. El Rey desea la libertad del sencillo pastor que pasa desapercibido a los ojos de la sociedad. El pastorcillo, cuando oye las trampas de caza y ve pasar ante sus ojos las brillantes cabalgatas de damas y caballeros, dueños y señores de aquellos bosques y llanuras, exclama, lleno de admiración: ¡Qué felices son estos grandes del mundo, que no tienen que pensar más que en pasarlo bien! Sus noches se destizan agradables en templadas camas, y bajo los finos cobertores que el hombre teje con las lanas de nuestras fieles ovejitas y bizzaros carneros, que en la primavera de cada año vienen a quitarles, para que la Naturaleza y nuestros cuidados vuelvan a hacerlas crecer, en beneficio de su comercio; mientras nosotros pasamos esas noches en constante desvelo y al cuidado de estos nuestros queridos animalitos, para que los lobos no los hagan presa de sus deseos carnívoros, y expuestos siempre a las intemperancias de los elementos, sin saber apreciar aún los placeres que experimentan los que en mullidos lechos ven correr esas horas de felicidad para ellos, y que de tantas angustias y amarguras están llenas para el pobre pastor.

Pues bien; ni el Rey, ni el pastor serían felices, cual se forja su imaginación, si posible fuera que se realizaran sus deseos. De pena, de desesperación moriría el Rey si tuviera que dejar su trono y reemplazar el cetro por el humilde cayado, para marchar noche y día al cuidado del redil que confiado le fuera. Y para el pastor, al ser sacado de sus montañas, donde su voluntad es libre, y donde no tiene que luchar con la humanidad voluble é ingrata, el mullido lecho sería de espigas punzantes; los espléndidos palacios, cárceles, y los hombres verdugos, constantemente dispuestos á inmolrar sus víctimas.



ENTIERRO DEL CARNAVAL (BARCELONA).

Si á cada uno en un momento dado le fuera posible realizar sus deseos, la humanidad sería aún más desgraciada de lo que es. La felicidad en general se cifra en poseer lo que no se tiene; la posesión del objeto deseado, después del primer instante produce hastío, y nuevos deseos renacen en el corazón para que el martirio sea continuo. La dicha, cuando se ha obtenido en excepcionales ocasiones, ni se comprende ni se conoce hasta que se ha perdido. La felicidad es un mito, no existe; vivimos tan sólo de recuerdos y de esperanzas, puesto que los momentos en que el alma se recrea, y se distrae de la materialidad de la vida son tan pasajeros, que, al querernos posesionar de ellos, la realidad nos detiene, diciéndonos: espera, no prosigas, todo ha concluido, sólo puedes envolverte en el recuerdo que es el verdugo del porvenir y el que nos hace desconfiar de todo. ¡Cuán triste es la vida cuando, muerta la esperanza que ha sostenido nuestra planta insegura, la duda se sobrepone á la creencia y acabamos por desconfiar de todo!

¡El ayer pasó, el hoy es triste; que no sean ilusiones engañosas ese divino mañana que espero con frenesí!

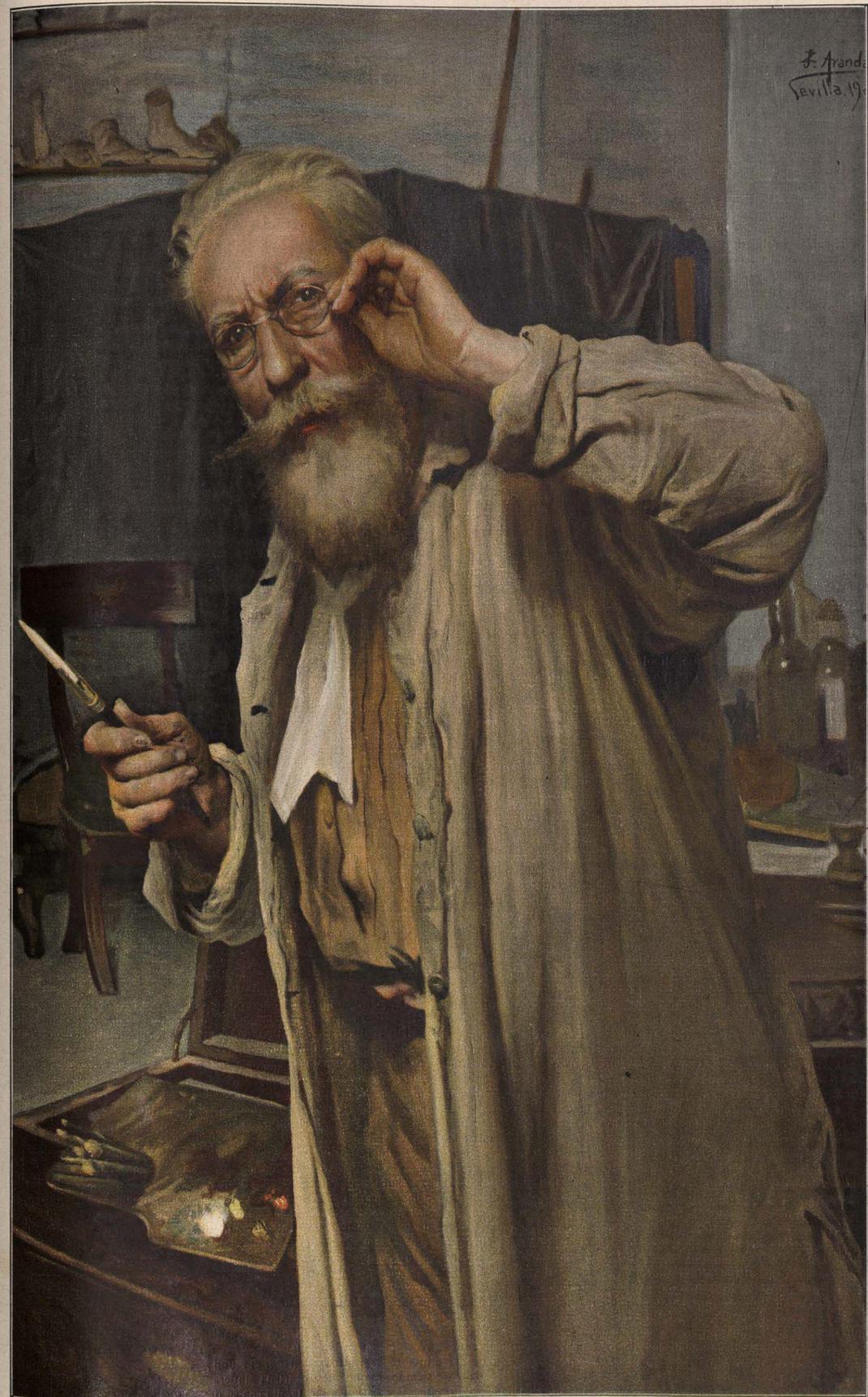
CONDESA DE BLANCA LUNA



LA VUELTA DEL TRABAJO.

116

Cuadros de LUIS GRANER.



RETRATO DE JIMÉNEZ ARANDA, PINTADO POR EL MISMO.

Salón París.

NÚMERO DEDICADO Á LA MEMORIA DEL EMINENTE ARTISTA SEVILLANO

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA